

Un lugar que no tenía mucho alrededor

Un lugar que no tenía nombre

GABRIEL ALZATE

Random House, Bogotá, 2023, 295 pp.

EN LA contracubierta de *Un lugar que no tenía nombre* se encuentra una nota encomiadora que empieza: “Con una prosa clara y sin artificios...”. El resto no es muy importante para el caso, tampoco la autoría del escrito. Lo notable, que ya no sorprende, es que “prosa clara” resulte una frase de mercadeo efectiva para un libro de cuentos, *de literatura*; no un libro de texto para la primaria o uno de difusión. Por otro lado, el “sin artificios” obliga a preguntar: ¿qué es un artificio en literatura? Como, según la contracubierta, es bueno que este libro no los tenga, debemos entender que el término carga un tufo peyorativo, de algo que tal vez estorba. Pero, ¿estorba para llegar a dónde?, ¿cuál es la finalidad de la literatura? ¿No es el “artificio” la esencia de lo literario?, ¿lo que marca el tratamiento artístico del relato y el lenguaje, por oposición a la mera información?

Lo que se ponga en la contracubierta de un libro, sobre todo en el caso de una multinacional como Random House, muchas veces está más allá del control del autor y podría pensarse que no debería constituir material para una reseña del libro. Sin embargo, me parece que la frase resulta insoslayable como marco de referencia, pues da la impresión de que Alzate hubiese recibido estas palabras de dudoso elogio antes de escribir el libro, y durante su redacción se hubiera sentido obligado a circunscribirse a su dictamen. Tal vez así se pueda empezar a entender por qué este libro de diez relatos hace casi exactamente lo mismo, que de por sí no es mucho, diez veces seguidas.

En *Un lugar que no tenía nombre* nos encontramos con las cuitas de un grupo de burgueses hastiados (“con *ennui*”, podría ser más apropiado para el tono extranjerizado del libro), de los que podemos medio adivinar su procedencia por los nombres y una que otra palabra pintoresca de color local (por ahí pasa un “malparido” guiñando el ojo). El efecto es más o menos el de un Peter Handke traducido al español por una inteligencia artificial.

El primer relato lleva el título del libro. Se trata de una pareja en crisis que se va a vacacionar a unas cabañas cerca de un lago. No pasa mucho, pero algunos apartes logran generar algo de expectativa. Hace pensar que estamos ante uno de esos libros de pura interioridad, donde se encuentra la esencia de lo humano sin tener que lidiar con “artificios” como trama o un desarrollo cabal de personajes. Bien.

Pero después pasamos a “Un padre de familia” y notamos la iteración: retratos de gente de clase alta martirizada interiormente, narración fragmentaria, se presenta un misterio (que en este caso el autor revela al final, en detrimento del mismo ejercicio que proponía al lector). Menos efectivo que el anterior y francamente soso.

Con algo de intriga por el título, uno pasa al siguiente, “En el camino aprendía a enseñar los dientes”. Si tuviese que estirar uno de estos relatos para formar una novela breve (aunque no haría falta estirar mucho; cada relato tiene un promedio de treinta páginas), sin duda sería este. Algo hay en este relato, sobre cicatrices psíquicas y la maldad medrando en una familia, que potencia la prosa de Alzate de forma notable:

Las personas [...] no son más que rezagos del tiempo que abate una borrasca. [...] Como las despedidas, igual que los adioses. Son ceremonias finales. Puertas al olvido. Sin embargo, ella no podrá olvidar. Las noticias hablarán de los hechos, pero no alcanzarán jamás a desentrañar los detalles. Para ello [...] tendrían que sumergirse en el origen de las palabras. En los balbuceos de un apellido. En la sangre que alienta en los cuerpos. Las palabras son semejantes a sombras que se agotan. Y luego, ¿quién se atreve a interrogar al silencio? (p. 82)

Estas frases tipo *staccato* cuentan con amplia difusión en la literatura contemporánea. He llegado a preguntarme si se trata de una nostalgia generacional por el telégrafo. Para mi gusto, si cabe acá, son insufribles. Un ardid para dotar de contundencia a lo baladí. Sin embargo, en la cita arriba el recurso logra tener un efecto emotivo porque el autor supo crear un *cotexto* (entendido como el concepto

lingüístico que se refiere a los elementos que anteceden o suceden a una parte del texto y determinan su interpretación; es decir, no me comí la “n”) que le otorgara gravedad a esta ráfaga reflexiva.

No ocurre lo mismo con “Almas desnudas” y su pianista en un psiquiátrico; ni con “Al otro lado de la puerta” y la modista con un marido al que le gusta el encierro; ni con la niñez en “Alejandro sin Bucéfalo” y su final desgastado (“¿qué habrá sido de Fulano y Mengano?”, fin); ni con “Las viejas glorias de Inglaterra” y la mujer a la que le cortan la financiación del teatro en el que trabaja; ni con “La traición de una sombra” y el profesor de latín y griego que saca a pasear a su perra; ni con “Imágenes en sepia” y las expectativas poéticas que su título evoca y no cumple; ni, tampoco, con “¿Cómo puedes tú vivir tan sola?” y la intensa preocupación de su personaje principal por la cena.

Tal vez el cuento no es el mejor medio para trabajar la interioridad de los privilegiados acongojados. Cuando leemos a Proust y seguimos las frivolidades de Swann, el barón de Charlus, Albertine, o el mismo Marcel, sabemos que en algún momento se sumergirán en la profundidad y sus pobres figuras humanas rozarán lo sublime. El recorrido que leímos durante miles de páginas enriquece sus experiencias; cuando sufren, cuando las tragedias los golpean, sus alegrías y miserias reverberan en el fondo. Ya no son simplemente personas que nunca han tenido que trabajar; son seres humanos que sienten, a su manera, lo que todos hemos sentido. En la mayoría de los casos, los relatos de Alzate nos llevan directamente a los momentos que deberían ser profundos pero que, sin tener mucho alrededor (ni en cuanto a contexto ni en cuanto a estilo), parecen chapoteos encharcados. Si aceptamos que su prosa carece de ello, lo artificial está más bien en lo pretendidamente humano. Los personajes parecen entes sedados tratando de recrear una película sueca y sus diálogos parecen los apurados subtítulos de esa película. Uno de ellos describe la psicología de esta forma: “[...] esa dulce manera de engañar a los otros mientras los convencemos de que ya sabemos qué sucede con

sus podridas vidas” (p. 198). Si se tratara de una traducción, criticaría al traductor por mantener el adjetivo antes del sustantivo, lo cual no solo le quita naturalidad a la versión, sino que lleva a la cacofonía de “podridas vidas”, mitigable con la estructura más convencional del español. Pero no es una traducción. Tampoco se trata de un estilo conscientemente afectado. Es algo perdido en un punto medio, borroso, que se evapora apenas los ojos le han pasado por encima.

El libro no es un terreno baldío. “En el camino aprendía a enseñar los dientes” ofrece un punto de partida interesante. Tal vez lo que hace falta es que el autor incurra precisamente en el “artificio”, que podría ser otro nombre para “riesgo” o “apuesta”, ambos condición *sine qua non* de cualquier obra memorable.

Eloy Caicedo